



Doña Luisa, en su casa de habitación, celebra los 80 años.

Una paleta surrealista a los 80 años



Uno de los últimos trabajos de la pintora, en tinta.



Luisa González no se ha apartado de esta atmósfera de misterio y soledad que ha caracterizado a su obra. El presente dibujo, logrado hace apenas unos meses, es una muestra de ello.

Norma Loaiza

De la llamada generación nacionalista, en donde está ubicada Luisa González de Sáenz, ya sólo quedan dos de esas figuras que le dieron forma y color a la pintura costarricense: Francisco Amighetti y la misma Luisa de Sáenz, que el pasado 14 de febrero cumplió 80 años de vida.

A este grupo pertenecieron también, en primer plano, Quico Quirós, seguido de Fausto Pacheco y de Margarita Bertheau, los tres fallecidos.

Hablar de ellos, por lo tanto, es hablar de muchas cosas juntas de las artes plásticas costarricenses. Es, por ejemplo, tener presente ese fervor con que Quico Quirós captó el paisaje nacional y recordar cómo, posiblemente, inspirados en su obra, sus compañeros de generación fueron introduciendo en sus paletas rasgos de nuestra tierra y de nuestras costumbres.

Por esto, un grupo de tres hombres y dos mujeres pone pautas a las siguientes generaciones en cuanto a la búsqueda de lo auténtico costarricense. Dejan huella y enseñanza y, lo más importante, es por medio de ellos y de su obra que la Costa Rica de antaño está presente.

El paisaje que captó Quico ya no existe, en muchos casos porque ha sucumbido ante la tecnología o el modernismo. ¿Cuántas cosas hermosas pintó, por ejemplo, Margarita Bertheau, de ese Escazú que llevó en el corazón, y ya no se aprecian? O, para citar otro ejemplo, tenemos ese representativo gamonal obra de Luisa de Sáenz en los años treinta, que representó la idiosincrasia del hacendado de entonces.

¿Podríamos dejar pasar inadvertido el paisaje de Fausto Pacheco? ¿Aquellos espacios plenos de luminosidad, de interiores campesinos, de playas o simplemente de sendas llenas de árboles que la tala ha destruido hoy?

Francisco Amighetti, este extraordinario hombre, pintor y ensayista de quien acabamos de ver la mostración retrospectiva más rica que se ha expuesto en nuestro país, y Luisa González de Sáenz son, entonces, los dos únicos representantes de ese grupo de artistas a quien tanto debe nuestro país. Amighetti, con dos años menos que doña Luisa, y ésta se enfrentan aún a la crítica, y trabajan llenos de esperanzas e ilusiones.

Luisa González de Sáenz se aferra a la vida con vigor y entusiasmo. Habla de arte como en sus mejores años; pero, más importante aún, lo lleva en el alma y dice que sin él no podría vivir.

En su morada se respira un ambiente saturado por el arte, lleno de placidez y armonía. Esta casa es la misma donde ha vivido desde hace 50 años. Estilo español, con

pequeños jardines y frondosos itabos, columnas y cielos rasos artesonados. Sus vitrales son signo de que en un tiempo constituyeron pasión para la pintora, a quien se le atribuye ser la que los hizo por primera vez en nuestro país.

Además posee doña Luisa una pequeña colección de pinturas de sus amigos: Fausto Pacheco, Margarita Bertheau, Francisco Amighetti y Quico Quirós, de quien dice que recibió toda clase de estímulos cuando ella comenzó a despuntar en el ambiente plástico nacional.

Vimos en una anterior visita, meses antes, algunos óleos de ella que ya no están en su casa. Faltan "El Gamonal", que donó al Museo de Arte Costarricense, y un "San Francisco de Asís", logrado en tonos azules y rojos, que le compró recientemente el Banco Central. Echamos de menos también dibujos y tintas, últimos trabajos de doña Luisa, que también fueron adquiridos por admiradores de su pintura.

Recordando cosas y hechos de su vida, se entusiasma cuando habla del color de su obra, en la que predominan los rojos, los verdes y los azules profundos, aunque no el negro, pero sí los ocre y los tierras.

El costo de la obra plástica.

Entre los temas imperativos para tratar con la veterana pintora, figura el costo de las obras de arte nacional.

Al respecto manifiesta que, efectivamente, el arte no está al alcance del pueblo hoy. Aunque reconoce que se le hace difícil opinar, expresa que algunos pintores cobran sumas bastante altas por sus cuadros, pero dice que es en realidad el autor quien da el valor material a la obra. "Yo, por ejemplo, enfatiza, no podría cobrar tan caro".

Pintores viejos

Para ella siguen siendo los pintores viejos quienes sustentan las artes plásticas nacionales, a pesar de que existe tal cantidad de jóvenes que trabajan con el entusiasmo propio de ellos. Al reafirmar este pensamiento, manifiesta que podría citar una lista grande de pintores viejos en plena producción, y que además dan clases. Sin embargo, son muy pocos los jóvenes cuya obra podría clasificarse como buena y con proyecciones futuras. Califica de extraordinarios a Rafa Fernández, a Lola Fernández y al acuarelista Fabio Herrera, radicado ahora en España.

Oleo

Doña Luisa no está trabajando al óleo. Por eso, al hablar de esta técnica lo hace con cierta nostalgia. "Me duele a veces haberlo abandonado; pero, bueno, lo he hecho. Tal vez algún día vuelva a hacer algo en óleo", afirma.

"Sigo pintando despacito, pero añoro mis años productivos", dice luego. Sin embargo, manifiesta que al efectuar un análisis de lo que hizo en años anteriores se siente satisfecha.

Camina, camina y va bajando.

"Uno camina, camina y va bajando. Es la ley inexorable de la vida". Esta frase la pronuncia con nostalgia, pero luego reacciona y asevera que todos los seres humanos están regidos por leyes naturales que a ella le han llegado. Es posible que esto lo sienta doña Luisa por el hecho de que ya no pinta al óleo, porque reconoce que significa un esfuerzo hacerlo, en el sentido de que esa técnica requiere sesiones más largas de trabajo y de que su estudio está ubicado en el segundo piso de la casa, por lo cual le causa cierto trabajo subir y bajar escaleras.

A pesar de que ella haga esta confesión, doña Luisa no falta a la apertura de una exposición de pintura, ni deja de hacer viajes anuales que su hijo Guido le proporciona y que le deparan intensas satisfacciones artísticas.

En fin, nosotros pensamos que es una anciana joven. Durante el transcurso de la conversación, y al mencionar a su hijo, recuerda la obra de éste como ministro de Cultura. Admira su labor y dice que aprecia especialmente la creación del Museo de Arte Costarricense. Según ella, "Guido tuvo mucho tino al dejar a los pintores nacionales un lugar que fuera totalmente para ellos". Estima sin embargo, que aunque el museo en la actualidad no es todo lo que se quiere, por razones básicamente de tipo económico, llegará con el tiempo a ser una institución muy importante para el campo pictórico costarricense. Pero también reconoce lo que su hijo ha hecho en el terreno musical, especialmente la creación de la Orquesta Sinfónica Juvenil y la transformación de la Sinfónica Nacional.

Variación de géneros

Luisa González de Sáenz ha trabajado en gran variedad de géneros, tanto el retrato como el tema nacional, el religioso y el paisaje. También ha utilizado diversas técnicas. Por ejemplo, en estos momentos trabaja con tintas y hace "gouaches". Pero, ahora, al igual que antes, sigue siendo una pintora surrealista.

En sus dibujos actuales, todavía con trazos fuertes y vitales, apreciamos ese arte que está más allá de la realidad palpable y que para ella ha significado la característica más fuerte.